



fundación  
Ramón y Katia Acín

## Ramón Acín toma la palabra 019 - *Bellas esperanzas*



Imagen del *Palacio de la Paz* construido en La Haya (Países Bajos) en 1913

En esta entrega os ofrecemos el decimoséptimo artículo escrito por Acín y publicado en *El Diario de Huesca* el sábado 10 de octubre de 1914, en la Gran Guerra que había estallado a finales de julio de ese año e iba a finalizar cuatro años después, el 11 de noviembre de 1918 y costó la vida de 9 a 11 millones de militares y entre seis a 13 millones de civiles. Junto al escrito de Acín, os adjuntamos el discurso que Víctor Hugo pronunció en el Congreso de la Paz celebrado en París, entre los días 21 al 24 de agosto de 1849 y donde el escritor y pensador fue designado presidente.

## Con cursiva del diez. Bellas esperanzas

10 de octubre de 1914. *El Diario de Huesca*. (Id. web: ap017).

Se empieza a comprender que la guerra corta que se imaginaba inicialmente no iba a ser posible. Suiza y el Vaticano propician encuentros y centros de discusión y debate, pero todo está llamado al fracaso y sólo hablan las armas. Todo el armamento que en el mundo ha sido, incluidos los enormes morteros del 42, vendrá a acallar la paz y la esperanza.

Allá en Lucerna, una ciudad que la besa un lago y que dicen que es bella porque sus casas blancas son como manada de patos que salen del agua, existe un palacio que llaman de la Paz.<sup>1</sup>

De la xilesca hacha al moderno Schneider<sup>2</sup>, vense allí las armas de los tiempos todos; será un triste museo donde se verá la marcha del progreso y el estancamiento del corazón.

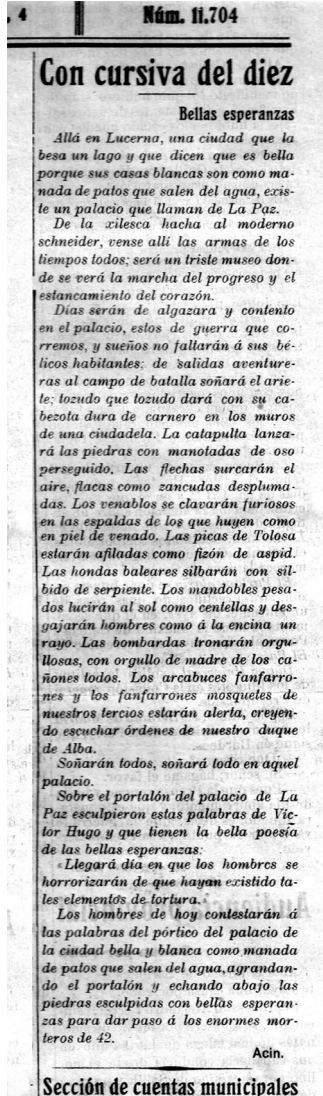
Días serán de algazara y contento en el palacio, estos de guerra que corremos, y sueños no faltarán a sus bélicos habitantes; de salidas aventureras al campo de batalla soñará el ariete, tozudo que tozudo dará con su cabezota dura de carnero en los muros de una ciudadela. La catapulta lanzará las piedras con manotadas de oso perseguido. Las flechas surcarán el aire, flacas como zancudas desplumadas. Los venablos se clavarán furiosos en las espaldas de los que huyen como en piel de venado. Las picas de Tolosa estarán afiladas como fizón de áspid. Las hondas baleares silbarán con silbido de serpiente. Los mandobles pesados lucirán al sol como centellas y desgajarán hombres como a la encina un rayo. Las bombardas tronarán orgullosas, con orgullo de madre de los cañones todos. Los arcabuces fanfarrones y los fanfarrones mosquetes de nuestros tercios estarán alerta, creyendo escuchar órdenes de nuestro duque de Alba.

Soñarán todos, soñará todo en aquel palacio.



Imagen del *Palacio de la Paz* construido en La Haya (Países Bajos) en 1913





Sobre el portalón del palacio de la Paz esculpieron estas palabras de Víctor Hugo y que tienen la bella poesía de las bellas esperanzas:

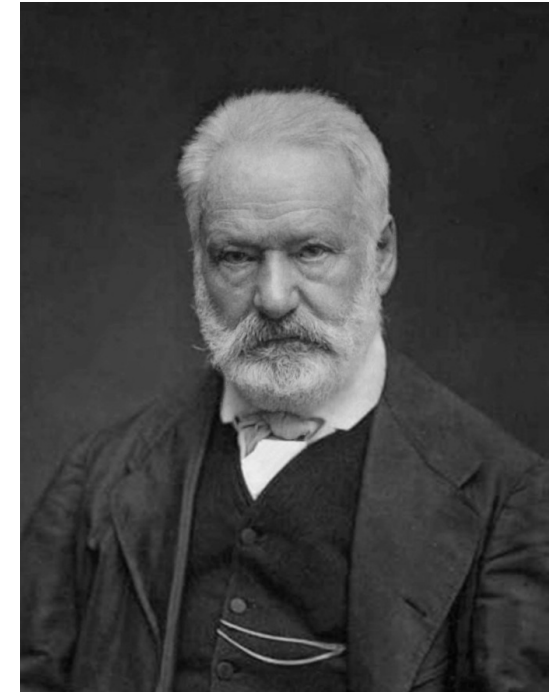
*"Llegará día en que los hombres se horrorizarán de que hayan existido tales elementos de tortura".*<sup>3</sup>

Los hombres de hoy contestarán a las palabras del pórtico del palacio de la ciudad bella y blanca como manada de patos que salen del agua, agrandando el portalón y echando abajo las piedras esculpidas con bellas esperanzas para dar paso a los enormes morteros de 42.

1 Finalmente, será reconocido como Palacio de la Paz el que terminó de construirse en La Haya en 1913.

2 Es el mortero de 75 mm Schneider Bs corto. Al primer tanque francés, que es posterior, se le llamará Schneider CA 1.

3 En el contexto de la celebración del Congreso de la Paz en París el 21 de agosto de 1849, Víctor Hugo, encargado del discurso de apertura y partidario de la creación de unos Estados Unidos de Europa, declaró: "Llegará un día donde las balas de cañón y las bombas sean reemplazadas por los votos, por el sufragio universal de los pueblos". □



Víctor Hugo. Fotografía de Étienne Carjat, 1876





# Congreso de la Paz en París 21 Agosto 1849.

DISCURSO DE APERTURA de Víctor Hugo

M. Víctor Hugo es elegido presidente y vicepresidente M. Cobden.

M. Víctor Hugo se levanta y dice:

Señores:

Venís, muchos de vosotros, de las más distintas regiones del globo, lleno el corazón de un pensamiento religioso y santo. Veo entre vosotros publicistas, filósofos, ministros de todos los cultos cristianos, escritores eminentes, en una palabra, hombres públicos y respetables que constituyen la ilustración de su patria, donde gozan de popularidad bien merecida. Habéis querido fechar en Paris las declaraciones de tantos espíritus tan convencidos como elevados que buscan, no solo el bien y la felicidad de un pueblo, sino la dicha de los pueblos todos. *(aplausos)* Venís a añadir a los principios que sostienen hoy los hombres de Estado, los gobiernos y los legisladores, un principio superior; venís a volver en cierto modo la última y tal vez más augusta hoja del Evangelio, la que impone paz y concordia a todos los hijos de Dios; y en esta ciudad, que ha decretado y la fraternidad entre los ciudadanos, venís a proclamarla fraternidad universal.

Bien venidos seáis!

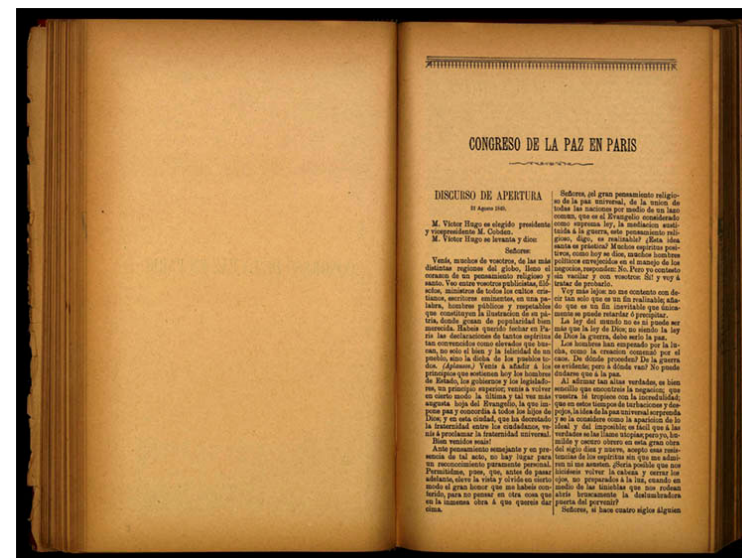
Ante pensamiento semejante y en presencia de tal acto, no hay lugar para un reconocimiento puramente personal. Permitidme, pues, que, antes de pasar adelante, eleve la vista y olvide en cierto modo el gran honor que me habéis conferido, para no pensar en otra cosa que en la inmensa obra a que queréis dar cima.

Señores, ¿el gran pensamiento religioso de la paz universal, de la unión de todas las naciones por medio de un lazo común, que es el Evangelio considerado como suprema ley, la mediación sustituida a la guerra, este pensamiento religioso, digo, es realizable? ¿Esta idea santa es práctica? Muchos espíritus positivos, como hoy se dice, muchos hombres políticos envejecidos en el manejo de los negocios, responden: No. Pero yo contesto sin vacilar y con vosotros: Sí! y voy a tratar de probarlo.

Voy más lejos: no me contento con decir tan solo que es un fin realizable; añado que es un fin inevitable que única-mente se puede retardar o precipitar.

La ley del mundo no es ni puede ser más que la ley de Dios; no siendo la ley de Dios la guerra, debe serlo la paz.

Los hombres han empezado por la lucha, como la creación comenzó por el caos. ¿De dónde proceden? De la guerra es evidente; pero ¿a dónde van? No puede dudarse que a la paz.



Discurso de Víctor Hugo en el Congreso de la Paz, París



Al afirmar tan altas verdades, es bien sencillo que encontréis la negación; que vuestra té tropiece con la incredulidad; que en estos tiempos de turbaciones y despojos, la idea de la paz universal sorprenda y se la considere como la aparición de lo ideal y del imposible; es fácil que a las verdades se las llame utopías; pero yo, hu-milde y oscuro obrero en esta gran obra del siglo diez y nueve, acepto esas resistencias de los espíritus sin que me admiren ni me asusten. ¿Sería posible que nos hicierais volver la cabeza y cerrar los ojos, no preparados a la luz, cuando en medio de las tinieblas que nos rodean abríis bruscamente la deslumbradora puerta del porvenir?

Señores, si hace cuatro siglos alguien hubiera dicho en la época en que la guerra se hacía de pueblo contra pueblo, de ciudad contra ciudad, de provincia contra provincia; si alguien hubiera dicho a la Lorena, a la Picardía, a la Normandía, a la Bretaña, a la Auvernia, a la Provenza, al Delfinado, a la Borgoña: Llegará un día en que cesareis de haceros la guerra, y ha de venir día en que dejareis de ser hombres de armas para luchar unos contra otros, y en que ya no oiréis decir: Los normandos han atacado a los picardos, los loreneses han rechazado a los borgoñones: os quedarán entonces diferencias que arreglar, intereses que debatir, problemas que resolver; pero ¿sabéis lo que sustituirá a vuestras gentes de a pie y de a caballo, a vuestros cañones, talconetes, lanzas, picas y espadas? Colocareis en su lugar una caja de madera, a la que llamareis urna de escrutinio, y de esta caja saldrá una Asamblea; una Asamblea en la que os veréis representados; una Asamblea que será como el alma de todos vosotros, un concilio supremo y popular que decidirá, juzgará y resolverá en ley y hará caer el hierro de vuestras manos y surgir la justicia en todos los corazones, diciendo a cada uno: Aquí termina tu derecho, aquí empieza tu deber. Abajo las armas! vivid en paz! Cuando este día llegue, sentiréis un mismo pensamiento, tendréis intereses comunes y un destino igual; os abrazareis, os reconoceréis hijos de la misma sangre y de igual raza; este día no formareis parte de pueblos enemigos, puesto que seréis un mismo pueblo; no seréis la Borgoña, la Normandía, la Bretaña, la Provenza; seréis la Francia y no os llamareis la guerra, sino que seréis la civilización.

Si esto se hubiera dicho en otra época, señores, todas las gentes formales, todos los grandes políticos de entonces hubiesen exclamado: Vaya un soñador! ¡Vaya una quimera! ¡Qué poco conoce a la humanidad! ¡Vaya una locura extravagante! Y, señores, el tiempo ha seguido su curso, y la locura de ayer es la realidad de hoy.

Pues bien! decid hoy, y yo lo diré con vosotros, con todos los que estamos aquí reunidos; digamos a Francia, a Inglaterra, a Prusia, al Austria, a España, a Italia, a Rusia:

Llegará un día en que también las armas se os caerán de las manos; llegará un día en que la guerra parecerá absurda y será tan imposible entre Paris y Londres, entre San Petersburgo y Berlín, entre Turín y Viena, como hoy lo sería entre Rouen y Amiens o entre Boston y Filadelfia. Llegará un día en que vosotras, ya os llaméis Francia, Rusia, Italia, Inglaterra o Alemania, todas las naciones del continente, en fin, sin perder ninguna de vuestras cualidades distintivas, ni vuestra gloriosa individualidad, os fundiréis estrechamente en una unidad superior, constituyendo la fraternidad europea, absolutamente igual que nuestras provincias Normandía, Bretaña, Borgoña, Lorena y Alsacia se fundieron en la Francia.

Llegará un día en que no habrá más campos de batalla que los mercados abiertos al comercio y las inteligencias a las ideas.

Llegará un día en que las balas y las granadas se reemplazarán por los votos, por el sufragio universal de los pueblos, por el venerable arbitraje de un gran Senado soberano, que será para la Europa lo que el Parlamento es para Inglaterra, lo que la Dieta es para Alemania o lo que la Asamblea legislativa es para Francia.

Llegará un día en que se enseñará un cañón en los museos, como hoy se enseña un instrumento de tortura, y se dudará y se admirará cuando se comprenda para lo que sirvió.



Llegará un día en que existan solo dos grupos inmensos de naciones: los Estados Unidos de América y los Estados Unidos de Europa, colocados uno frente al otro, tendiéndose la mano por encima del mar, cambiando sus productos, su comercio, su industria, sus artes, sus genios; roturando el globo, colonizando los desiertos, mejorando la creación bajo la mirada de su Creador, combinando reunidos, para producir el bien de todos, las dos fuerzas infinitas: la fraternidad de los hombres y la omnipotencia de Dios.

*(Prolongados aplausos.)*

Y no serán necesarios cuatrocientos años para traer este día, porque vivimos en un tiempo rápido; vivimos en la corriente de acontecimientos y de ideas más impetuosa que jamás ha arrastrado a los pueblos, y en la época que hemos alcanzado, un año produce los efectos que antes tardaban a producirse un siglo.

¿Qué hemos de hacer, franceses, ingleses, belgas, alemanes, rusos, eslavos, europeos y americanos, qué hemos de hacer para alcanzar lo más pronto posible este gran día? Amarnos!

Amarnos! En la obra inmensa de pacificación, esta es la mejor manera de ayudar a Dios.

Porque Dios desea este fin sublime. Reflexionad lo que hace para conseguirlo. Contemplad cuántos descubrimientos permite que produzca el genio humano, para que todos concurren al objeto principal, a la paz. ¡Qué de progresos, qué de simplificaciones!

Observad cómo la naturaleza deja que la domine el hombre, y de qué modo va llegando a ser esclava de la inteligencia y servidora de la civilización.

Observad cómo desaparecen las distancias, produciendo esta causa el principio de la fraternidad.

Merced a los ferrocarriles, la Europa no será más grande que lo era Francia en la Edad Media. Merced a los buques de vapor, hoy se atraviesa el Océano más cómodamente que antes el Mediterráneo.

Antes de mucho el hombre recorrerá la tierra como los dioses de Homero recorrían el cielo, dando tres pasos. Dentro de algunos años el hilo eléctrico de la concordia rodeará é iluminará el mundo.

Señores, cuando trato de profundizar el vasto conjunto, el inmenso concurso de esfuerzos y acontecimientos marcados todos por el dedo de Dios; cuando pienso en el fin magnífico del bienestar de los hombres, la paz; cuando considero lo mucho que la Providencia hace para que se consiga y lo que hace la política para destruirlo, se apodera de mi alma una reflexión dolorosa.

Resulta de las estadísticas y de los presupuestos comparados, que las naciones europeas gastan todos los años para el mantenimiento de sus ejércitos una suma que excede de dos mil millones, y la que, si se la aumenta con la empleada en conservación de material y establecimientos de guerra, se eleva a tres mil. Añadid a esto el producto perdido de los jornales de más de dos millones de hombres, que son los más sanos, robustos, jóvenes y vigorosos de las poblaciones, producto que no se puede valuar en menos de mil millones, y podéis deducir que los ejércitos permanentes cuestan a la Europa todos los años cuatro mil millones.

¡Señores, treinta y dos años hace que la paz no se ha alterado, y en ellos se ha invertido la monstruosa suma de ciento veintiocho mil millones para la guerra durante la paz!

Suponed que los pueblos de Europa, en lugar de desafiarse, de odiarse y de inspirarse envidia recíprocamente, se amasen como hermanos; suponed que llegasen a pensar que son hombres, antes de llamarse ingleses o alemanes, y que antes de formar naciones pertenecían a una sola familia, y entonces, esta suma de ciento veintiocho mil millones, tan loca y vanamente gastada en la desconfianza, se emplease en sentido opuesto.



Estos ciento veintiocho mil millones entregados hoy al odio, entregadlos a la armonía; estos ciento veintiocho mil millones gastadlos en la paz. Concededlos al trabajo, a la inteligencia, a la industria, al comercio, a la navegación, a la agricultura, a las ciencias, a las artes, y considerad el resultado. Si desde hace treinta y dos años esta suma gigantesca de ciento veintiocho mil millones hubiera sido empleada de tal modo, ¿sabéis lo que hubiera podido conseguir América con la ayuda de Europa?

La faz del mundo hubiera cambiado. Se habrían abierto los istmos, los ríos estarían cruzados de caminos por debajo de sus aguas, las más altas montañas quieranse convertido en túneles, los caminos de hierro cubrirían ambos continentes, la marina mercante del globo se habría duplicado, y ya no existirían ni landas, ni marismas, ni tierras sin cultivo; se edificarían ciudades donde hoy existen desiertos, y habría puertos donde escollos hay ahora; el Asia y el África estarían civilizadas; la riqueza desbordaría por todas partes, producida por los mil veneros que ofrece el globo a costa del trabajo de los hombres, para quienes la miseria no existiría ya. La faz de la tierra sería otra. En vez de desgarrarse, se esparciría la humanidad tranquilamente por todo el universo; en vez de forjar revoluciones, se fundarían colonias; en vez de vencer la barbarie a la civilización, vencería la civilización a la barbarie.

Considerad, señores, cómo ciega lamentablemente la preocupación de la guerra a los gobiernos y a las naciones. Si los ciento veintiocho mil millones empleados por la Europa en la guerra, durante los treinta y dos años que no la hubo, los hubieran empleado en la paz, que ha existido, no se vería hoy en Europa nada de lo que se ve en este momento; el continente, en lugar de ser un campo de batalla, sería un inmenso taller; y en lugar del espectáculo doloroso y terrible del Piamonte abatido; de Roma, la Ciudad Eterna, entregada a merced de las miserables oscilaciones de la política humana; de la Hungría y de Venecia heroicamente conmovidas; de la Francia inquieta, sombría y pobre; de la miseria, del duelo, de la guerra civil, de la oscuridad, en una palabra, cerniéndose sobre el porvenir; en lugar de tan siniestro cuadro, veríamos relucir ante nuestras miradas la esperanza, la alegría, la benevolencia, el esfuerzo de todos hacia el bienestar común, y por todas partes, destacándose de la civilización, el majestuoso coronamiento de la concordia universal,

Nuestras mismas precauciones contra la guerra nos han traído las revoluciones. Se ha gastado y se ha trabajado contra el peligro imaginario, y de este modo la miseria, que era el verdadero peligro, se hizo insoportable. ¡Nos fortificamos contra un peligro quimérico, dirigiendo las miradas hacia donde no le había; vimos las guerras que no eran de temer, y cerramos los ojos a las revoluciones que llegaban!



"La República Universal" de Charles Lemercier

Señores, no desesperemos, sino por el contrario, esperemos más que nunca. No nos dejemos intimidar por conmociones pasajeras ni por sacudidas, necesarias tal vez para los grandes renacimientos. No seamos injustos para la época en que vivimos: hagamos justicia a nuestros tiempos. Después de todo, estamos en una época prodigiosa y admirable, y el siglo diez y nueve será, digámoslo muy alto, la mejor página de la historia. Como decía ahora mismo, todos los progresos se revelan y manifiestan a la vez; unos producen los que les siguen: desaparecen las animosidades internacionales, se borran las fronteras de los mapas y las preocupaciones de las almas, se observa cierta tendencia a la unidad, a la dulzura de las costumbres; se eleva el nivel de la enseñanza y se desvanece el de las penalidades; dominan los idiomas más literarios, es decir, más humanos; recobran su poder, al mismo tiempo, la economía política, las ciencias, la industria, la filosofía, la legislación, y convergen a un mismo objeto, a la creación del bienestar y a la concordia, es decir, a la extinción de la miseria dentro y a la extinción de la guerra fuera.



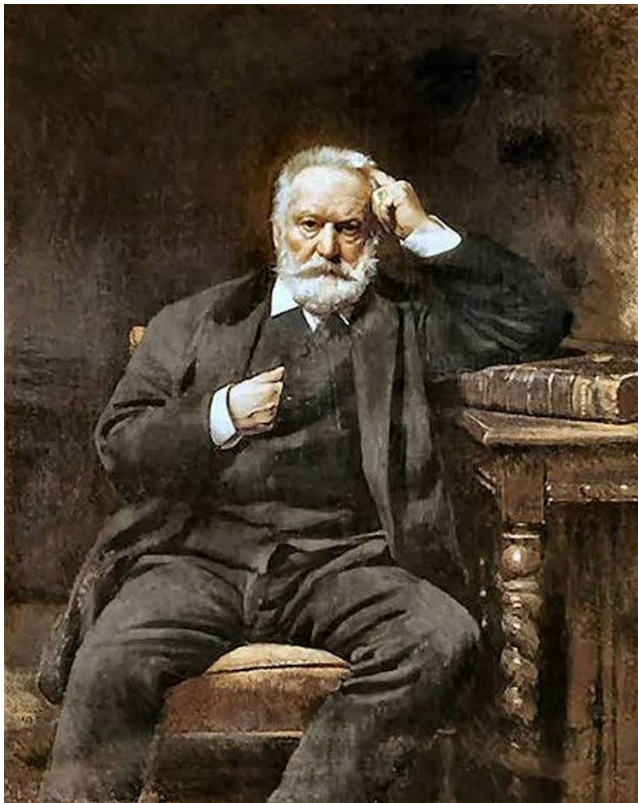


Digo, para terminar, que la era de las revoluciones pasa y la era de las mejoras empieza. El perfeccionamiento de los pueblos abandona la forma violenta para tomar formas pacíficas. Ha llegado el instante en que la Providencia va a sustituir a la acción desordenada de los agitadores la acción religiosa de los que predicán la paz.

De aquí en adelante el objeto de la política verdadera será el siguiente: hacer reconocer todas las nacionalidades, restaurar la unidad histórica de los pueblos y estrechar esta unidad por medio de la civilización pacífica; ensanchar continuamente el grupo civilizado, ofrecer buen ejemplo a los pueblos, que permanecen siendo bárbaros; sustituir los arbitrajes a las batallas, y en fin, y esto lo resume todo, hacer pronunciar a la justicia la última palabra que el mundo antiguo hacia que pronunciase la fuerza.

Señores, os digo para terminar -y que mi pensamiento os dé ánimo- que no es hoy la vez primera que el género humano ha hecho esfuerzos para llegar a su destino providencial. En nuestra antigua Europa, Inglaterra se adelantó, y con su ejemplo secular dijo a los pueblos: Sois libres. La Francia la siguió y les dijo: Sois soberanos. Solo nos resta dar el último paso y todos juntos, Francia, Inglaterra, Alemania, Italia, Europa, América, digamos a los pueblos: Sois hermanos.

*(Inmensa aclamación. El orador toma asiento en medio de los más entusiastas aplausos.)* □



Retrato de Víctor Hugo pintado por León Joseph Florentín Bonnat, 1879





# Análisis del Discurso de Víctor Hugo “Los Estados Unidos de Europa”

Jorge Juan Morante en marzo 2017 <https://www.ciudadanomorante.eu/2017/03/analisis-del-discurso-de-victor-hugo.html>

El 21 de agosto de 1849 el escritor y pensador Víctor Hugo pronunciaba su Discurso de Apertura del Congreso por la Paz que se celebró entre los días 21 al 24 esos días en París, y en el que es escritor francés fue elegido presidente y por este motivo realizó tanto el discurso de apertura como el de cierre.

El año anterior, 1848, se habían producido revoluciones en todo el continente europeo que pusieron fin a la Europa del Congreso de Viena. Víctor Hugo quiere señalar con este discurso que la paz en el continente pasaba por la unidad de las naciones que lo integran.

En el momento del Congreso por la Paz de París de 1849 hacía 34 años que se acabaron las Guerras Napoleónicas (1792-1815) se producían guerras a pequeña escala como las guerras carlistas en España (la segunda guerra carlista en España terminó en mayo de ese mismo año) y había comenzado en Italia el periodo de unificación con la primera guerra de Independencia.

Todavía estaban recientes las revoluciones de 1848, la tercera oleada revolucionaria, después de las de 1820 y 1830, tras el Congreso de Viena y que definitivamente pusieron fin a la Europa dominada por el absolutismo.

El enganche del discurso de Víctor Hugo está en señalar la “Paz Universal” como un mandamiento divino a la que muchos políticos dicen no pero que él dice sí. “La ley del mundo no es y no puede ser separada de la ley de Dios. Y la ley de Dios no es la guerra, es la paz”.



V. Hugo en el Congreso de la Paz, por Daumier. *Charivari*, 6-9-1849

El control reside en que él se encuentra con la incredulidad de la gente que le rodea cuando plantea la paz, sin embargo, expone que “hay cuatro siglos hasta la época en que la guerra era común a la ciudad, una ciudad a otra, una provincia a otra” y que, a esto, se puso fin con la creación del Estado, como el ejemplo de Francia, y la elección de un Parlamento que resolviese las diferencias. Y señala que “*llegará un día en que la guerra se parece tan absurdo y será tan imposible entre París y Londres, entre Petersburgo y Berlín, entre Viena y Turín, sería imposible y parecería absurda como hoy entre Rouen y Amiens, entre Boston y Philadelphia*”.

La fase de comprensión, está en considerar a los Estados Unidos de Europa como el medio para conseguir la paz en el continente señalando que cuando ese momento llegue las guerras serán sustituidas por el comercio y el intercambio de ideas y con un “Senado soberano” al que compara con los parlamentos nacionales y donde el dinero que en ese momento se destina a la guerra se destine en su lugar al desarrollo.

En el discurso encontramos: anáforas en las que repite el mismo comienzo “*llegará un día*” para enfatizar la Europa que él desea para poner fin a las guerras; metonimias o sinédoques por ejemplo cuando sustituye guerra por “*campos de batalla*” o paz por “*mercados abiertos al comercio*” y metáforas como cuando se habla de la unidad europea o de la paz bajo el término de “*fraternidad*”. □

